

Introducción

Reflexiones sobre política, comunicación y sociedad

Jesús Baca Martín
Javier Fornieles Alcaraz
Lorena Buendía Bernabéu

En julio de 2024 y de 2025, la Universidad de Almería organizó dos cursos sobre comunicación política. En ellos participaron destacados profesores y representantes de la política y de los medios de comunicación. Durante esas jornadas se trataron cuestiones tan significativas como los cambios que las nuevas herramientas tecnológicas de comunicación han provocado en los medios tradicionales, en las relaciones de los partidos con los electores y en el concepto que los propios ciudadanos tienen de la información y de la sociedad.

La importancia de la comunicación política no necesita ser defendida. La democracia es un sistema político basado en la opinión pública y en el que cada cierto tiempo los ciudadanos deben emitir su voto y otorgar su representación. Resulta por tanto imprescindible generar una continua información sobre las actuaciones realizadas y sobre las ventajas o los inconvenientes de los proyectos que cada administración procura llevar a cabo para que los ciudadanos puedan acudir a las urnas y manifestar su opinión.

En la teoría, la cuestión parece estar clara. Y dentro de este esquema clásico, que conserva aún su prestigio, los peligros se presentan también a la vista de todos y resulta fácil enumerarlos. El afán del poder por mantener sus privilegios e impedir las reclamaciones, el analfabetismo, la dependencia económica, las situaciones históricas extremas que azuzan las pasiones y las emociones serían los obstáculos

los que impedirían que el ciudadano se informe, defienda sus intereses, exponga sus opiniones y participe con acierto en la vida pública.

Pero el siglo XX mostró que la situación en la práctica resulta mucho más compleja. Por un lado, los avances científicos, el estado del bienestar, los derechos sociales extendidos a amplias capas de la ciudadanía para evitar la explotación salvaje de gran parte de la población, suponían logros más que suficientes para estimular el optimismo y la confianza en lograr un sistema adecuado e incrementar la participación política. Por otro lado, las guerras globales, el uso perverso de las propias conquistas de la ciencia, los sistemas totalitarios y la anulación de los derechos individuales advirtieron a su vez sobre los límites del progreso alcanzado. Muy pronto, quedó claro que la prensa, la radio o el cine no siempre pretendían informar con equidad para que los ciudadanos pudieran conocer su entorno y ejercer sus derechos. Las experiencias totalitarias que se establecieron en Europa durante el siglo XX demostraron incluso cómo los medios fueron utilizados sistemáticamente para deformar las conciencias y aplastar cualquier discrepancia o la posibilidad de conocer racionalmente la realidad. A las experiencias anteriores, se unieron además la presencia de nuevas corrientes del pensamiento marcadas por el irracionalismo y la consagración de la voluntad de poder como ejes de la personalidad, y el descubrimiento de cómo el sistema emocional, los prejuicios, los sesgos o las limitaciones cognitivas dirigían nuestros razonamientos.

Lejos de resolverse las contradicciones planteadas en el siglo pasado, el primer cuarto del siglo XXI las incrementa. Se despiertan grandes expectativas para potenciar la autonomía y las libertades de los individuos en las sociedades occidentales más desarrolladas y, al mismo tiempo, se revelan nuevas zonas tenebrosas. Ciertamente, el despertar de la informática y los recursos aportados por la tecnología abrían, en principio, la puerta a un mundo lleno de esperanzas. ¿No recordamos aún el optimismo con que se saludaba la llegada de internet, la posibilidad de multiplicar los canales de información y de romper por fin los férreos controles del Estado? Incluso en los sis-

temas políticos antiliberales las comunicaciones permitían articular una cierta protesta y aventar los deseos de cambio. El individuo parecía haber dado un paso definitivo hacia adelante; dejaba atrás sus limitaciones, la pasividad con que asistía a los debates públicos, y se recordaba con un neologismo nuestra novedosa condición de ‘prosumidores’.

Sin embargo, las dudas y los recelos aumentan también sin cesar. En realidad, podríamos decir que los problemas se han vuelto a veces más complejos, más difíciles de entender y de combatir. Todas las cuestiones negativas antes esbozadas en torno a la comunicación las podíamos encontrar perfectamente señaladas por Walter Lippmann hace ya cien años. Eran viejos conocidos, cuyos defectos aceptábamos sin sobresaltos. Pero los desafíos que afronta ahora la comunicación —y, especialmente, la comunicación política—, resultan mucho más intimidantes por la incertidumbre que crean y por las novedosas estrategias que adoptan. Sin mostrarnos como unos luditas y sin olvidar los logros de los avances tecnológicos, lo cierto es que tampoco podemos dejar de observar los riesgos que surgen a nuestro alrededor. Conocer la ubicación del individuo presenta grandes ventajas, pero trae consigo también nuevas formas de control por parte del Estado e incluso, en ocasiones, de explotación laboral. La tecnología ayuda y genera a su vez formas de burocracia cada vez más invasivas. La rapidez de las operaciones realizadas por los algoritmos nos fascina, pero introduce también la prisa en nuestro entorno laboral y privado. La aceleración, la necesidad de atender las novedades al momento, ha cambiado la forma de trabajar en las redacciones de los medios y en muchos aspectos los ha empobrecido. Aguardar unos segundos a que se abra la puerta del ascensor o escuchar un texto a velocidad normal se transforman en unas molestias difíciles de soportar. Las redes sociales que en principio facilitaban la comunicación incluso con otras personas hasta ese momento inaccesibles o que permitían solicitar ayudas, consejos, adquieren también ahora un trasfondo sombrío cada vez mayor. Nadie puede fiarse hoy de lo que en ellas aparece. Y su uso genera

actividades tan preocupantes como el acoso, el fraude o la invasión de la intimidad.

A su vez, la potencia de los nuevos procesadores genera un marketing digital capaz de acopiar la información de los individuos y de atenderla de forma personificada. Y el desarrollo tecnológico nos coloca ahora ante los logros de la Inteligencia Artificial. Con ella se eliminan muchas tareas tediosas, se analizan los datos, se abren nuevas perspectivas en la investigación. Pero tampoco cabe olvidar las advertencias de sus propios creadores. Por lo pronto, quizás surgen dudas sobre si se marginan múltiples capacidades y desde luego, en el campo de la comunicación, se genera una enorme confusión al alterarse los límites tradicionales entre la ficción y la realidad.

Las ganancias en este proceso para el conocimiento son indudables. Y las pérdidas resultan también inquietantes. No sabemos llegar ahora a un destino sin la ayuda de las herramientas que nos ubican. Salvo algunos mandarines quizás pronto no sepamos cómo resumir un libro o una bibliografía, o cómo comunicarnos en otro idioma sin esos apoyos. Es posible o, mejor dicho, es seguro que muchas de estas apreciaciones que formulamos las estemos agigantando por el hecho de que por vez primera estos avances afectan directamente al trabajo intelectual, a las minorías que encuentran su razón de ser en realizar un trabajo más o menos creativo. Pero es imposible no percibir los cambios en sectores tan vitales, por ejemplo, como la educación, la sanidad o el periodismo. Y no se trata solo de que se transformen ante nuestros ojos sin que sepamos muy bien adónde vamos, sino sobre todo de que lo hacen a un ritmo que el ser humano difícilmente consigue asimilar. ¿Estamos, en efecto, preparados para aceptar que muchos de nuestros trabajos no son necesarios, para ser tratados por médicos que destacan no tanto por su experiencia como por su habilidad para manejar la IA, o para relacionarnos en numerosas facetas de la vida pública y privada con archivos digitales con apariencia humana cada vez más perfeccionada y probablemente más eficaces que las personas?

La comunicación política, los medios o los partidos no pueden permanecer, lógicamente, al margen de estas cuestiones que afectan directamente a la relación que mantienen con el ciudadano. Todos ellos tratan de acomodarse a las nuevas reglas de juego. No resulta una tarea fácil. En estas páginas, Borja Sémpér se pregunta, por ejemplo, si la posibilidad de usar a todas horas las herramientas comunicativas no provoca que los partidos y las administraciones descuiden su tarea fundamental: buscar soluciones a los problemas de los ciudadanos. La cantidad ingente de informaciones y de datos sobre sus lectores en tiempo real de que disponen los medios ¿no desencadena que estos medios olviden en ocasiones sus objetivos para que el lector entre una y otra vez en sus páginas web? La oferta sin fin y la hiperdisponibilidad provocan, asimismo, efectos muy semejantes en los consumidores. Picoteamos sin cesar en las noticias o en las películas sin tiempo material para asimilar o para recordar, incluso, lo que hemos visto o leído.

Entre las inquietudes más destacadas por los ponentes de los cursos sobresale el descubrimiento de la facilidad con que los nuevos hábitos y ritos de la comunicación se aceptan y se desarrollan en las sociedades occidentales sin pararse a reflexionar sobre algunas de sus consecuencias. La invasión de la intimidad y la postergación de algunas facultades racionales del ser humano se han impuesto sin violencia aparente. Los rasgos que pueden atentar contra la concepción liberal del individuo se presentan hoy con guante de seda. Las herramientas tecnológicas son cada vez más cordiales, más sumisas, y adoptan formas casi serviles para mostrar el agrado con que se ponen aparentemente a nuestro servicio. De ahí la complacencia con que nosotros mismos exponemos nuestras intimidades o con la que aceptamos la recolección de nuestros datos personales, la pérdida de derechos antes inviolables. Son tantas las ventajas y las satisfacciones que brindan el móvil o el ordenador que se convierten en una cadena de oro que exhibimos con agrado.

El control que los poderes económicos o políticos ejercen sobre el individuo no se efectúa ya mediante la sacralización laica del es-

tado como sucede en los regímenes totalitarios. Ni tampoco resulta necesario que el individuo renuncie a sus libertades individuales para integrarse en un colectivo que lo anula a cambio de proporcionarle una cierta seguridad. Hoy el individuo ayuda a levantar sus propios muros, cree hallarse a salvo y más libre que nunca mientras construye su isla en torno a la pantalla de su ordenador.

Políticos y mediadores no pueden prescindir sin duda de los datos que ponen de relieve los usos más recientes de la comunicación y los hábitos de los consumidores. Las formas de la política y de la comunicación en la actualidad ponen de manifiesto que las rutinas cognitivas y el fondo emocional que el siglo XX descubre ya tras la fachada del progreso y la imagen estereotipada de la razón adquieren cada vez más importancia (no por casualidad Daniel Kahneman es uno de los autores varias veces citado en este volumen). Quienes reflexionan sobre las nuevas rutas de la comunicación perciben que el ser humano no actúa de acuerdo con el mito forjado en la Ilustración. No tiene como divisa el arriesgarse a saber. Opta, con frecuencia, por aprovechar las nuevas tecnologías para confirmar sus opciones, para recluirse en los grupos que reafirman sus deseos; se recluye voluntariamente en lo que llamamos 'burbuja informativa'. Prefiere, sin duda, una realidad conocida, que no le obligue a rectificar, y busca atenerse a un orden establecido antes que afrontar la angustia de no saber qué camino elegir.

En la sociedad del bienestar, que disfrutamos en algunos países, el ciudadano elige legítimamente el entretenimiento, busca las noticias sensacionalistas, extravagantes, que alivian la rutina, y que le convierten en protagonista por ser el primero en recibirlas y en transmitir las. No encuentra ningún problema en el hecho de que los algoritmos destaquen siempre los elementos frívolos, menos innovadores. Acepta complacido todos los elementos narcisistas que la tecnología pone a su alcance y considera que él controla y maneja las herramientas que se someten aparentemente a su voluntad con solo mover un dedo o dar una orden. E incluso puede imaginar que la desconfianza y la relación conflictiva con el poder han dejado de tener sentido. A diferencia del poder político o de la burocracia nadie se responsabiliza de los al-

goritmos y, si en algunos casos aparece su rostro, es para ver cómo nos piden disculpas por los errores cometidos y para asegurar que todo se lleva a cabo para atender a nuestros deseos.

Las ponencias que aquí recogemos plantean los problemas que surgen en el ámbito de la comunicación política y muestran la intensidad con que hoy se viven estas preocupaciones sin perder de vista los logros conseguidos. Examinan la tradición ilustrada de la que venimos, recogen casos concretos que muestran los cambios experimentados en la vida pública y en la comunicación, y analizan la situación actual puesto que no todas las sociedades ofrecen las mismas defensas y los factores históricos influyen tanto como los rasgos psicológicos profundos.

En su exposición, Alfonso Galindo recuerda cómo se constituye la opinión pública, los rasgos novedosos que muestra, y señala los avances que introducen las redes sociales, los espacios *on line* que permiten buscar un consenso, disentir o protestar a pesar del monopolio informativo del poder como revela la primavera árabe.

Manuel Ángel Vázquez Medel reflexiona sobre la crisis moral que revelan algunos usos de la tecnología y de la comunicación política, y manifiesta la importancia de mantener un criterio ético y el respeto al otro.

José María Perceval explica cómo se construye históricamente la identidad de los famosos, los cambios sociales y económicos que determinan su aparición y cómo, a su vez, el público construye su propia identidad en torno a las celebridades.

Por su parte, Enrique Ujaldón recuerda la importancia de la comunicación y las formas que ahora adopta en la política, inmersa en una campaña permanente. Comenta casos concretos de la política en nuestro país y desarrolla una sugerente reflexión sobre la conveniencia de establecer, a veces, en medio de la tormenta, una estrategia de no comunicar.

Con ejemplos extraídos de su amplia trayectoria profesional en la comunicación, Vicente Vallés reflexiona sobre el sentido que da-

mos a la palabra objetividad y sobre la subjetividad, tan ineludible como necesaria, pues nos permite elegir los contenidos o jerarquizar las informaciones.

En el volumen contamos finalmente con la exposición de destacados políticos, con experiencias amplias en el campo de la comunicación.

Borja Sémpér comenta los cambios que se han producido en el campo de la comunicación y cómo la necesidad de atender la comunicación usurpa a veces la primacía que debemos dar a los problemas y a buscar su solución. Muestra su preocupación por las políticas populistas y la necesidad de favorecer otros usos que favorezcan el prestigio de las instituciones y que aumenten nuestra credibilidad ante los electores.

Cayetana Álvarez de Toledo reflexiona sobre el momento político actual, sobre la necesidad de establecer unas fronteras claras entre la verdad y las mentiras elaboradas conscientemente con el propósito de confundir y engañar. En su discurso insiste asimismo en las amenazas que pesan sobre los derechos y libertades que reclama el liberalismo e incide en la responsabilidad personal de los ciudadanos para mantenerlos a salvo.

A partir de su biografía y de sus experiencias políticas, Alejandro Fernández muestra con ejemplos muy concretos cómo surgen sus estudios y su interés por la comunicación política, y cómo sus conocimientos teóricos y prácticos de las nuevas herramientas de comunicación le han permitido llegar al electorado.

Las diferentes ponencias nos ofrecen un panorama y una visión lúcida de la situación por la que atraviesa la comunicación política. Todos ellos son conscientes de las luces y de las sombras que los cambios proyectan a nuestro alrededor. Celebran las facilidades para conectar con el ciudadano, para expresar las protestas o romper el monopolio del conocimiento ejercido por el poder. Muestran asimismo su inquietud por la opacidad de las nuevas tecnologías y las dificultades para conocer las decisiones que toman; y advierten

la rapidez de unos procesos que en apenas unos lustros han convertido, por ejemplo, los medios de comunicación en unos espacios de trabajo apenas reconocibles. Nos animan, por este motivo, a no desfallecer, a no bajar la guardia, y efectúan un llamamiento para que no se pierda la capacidad de emitir una crítica ponderada, que ha presidido los mayores avances de nuestra civilización.

Por nuestra parte, tras organizar los cursos cuyos contenidos hoy recogemos en parte, nos queda claro la necesidad de reflexionar sobre estas cuestiones y sobre las complejas relaciones que guarda la comunicación política con otras disciplinas como la historia, la psicología, la filosofía o la sociología. Queremos, por este motivo, agradecer el apoyo de la Universidad de Almería y de las instituciones que han colaborado —Diputación y Ayuntamiento de Almería—, así como el trabajo de los ponentes y la participación activa de quienes decidieron asistir a los cursos.

Finalmente les invitamos a la lectura de estas ponencias y les animamos a discrepar y a reflexionar críticamente con los contenidos puesto que si algo queda claro en este volumen es la necesidad de mantener la capacidad de navegar contra corriente. Solo así y mediante la reafirmación de determinados valores éticos, podemos estar en condiciones de recoger los aspectos positivos incluidos en las nuevas formas adoptadas por la comunicación y de preservar, a su vez, los logros históricos más importantes de nuestras comunidades y de nuestros sistemas de organizar la política y la convivencia.